



**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

*Cuento | Poesía | Fotografía*

**VI**

**ANIVERSARIO**

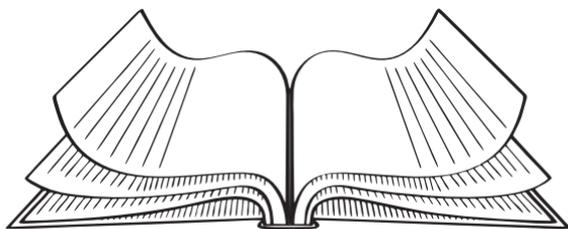
EJEMPLAR GRATUITO  
DICIEMBRE 2021 - ENERO 2022



No. 35



**Escúchanos en  
Radio Anáhuac 1670 AM**



**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

**No. 35**

**SEXTO**

**ANIVERSARIO**

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)





PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

# ÍNDICE

## HABLANDO POR ESCRITO

### RITMOS

Sertralina	
<b>Martha Patricia Olmos R.</b> .....	7
Estás	
<b>Fernando Sager</b> .....	8
Yo poseo	
<b>Fernando Sager</b> .....	10
Viernes	
<b>Fernando Sager</b> .....	11
Crepúsculo de flores	
<b>Alejandro Adame Flores</b> .....	12
Acepto	
<b>Dave Brennan</b> .....	13
Sí	
<b>María Elena Sarmiento</b> .....	15

### FIRMAS

Síndrome de Estocolmo	
<b>María Elena Sarmiento</b> .....	16
Embozados	
<b>Virginia Meade</b> .....	17
Don de gentes	
<b>Andrea Fischer</b> .....	19
Pista de baile	
<b>Cecilia Durán Mena</b> .....	25
El vestido de los domingos	
<b>Ghada Martínez</b> .....	31

## IMAGINARIO

.....34

## VOCES

Cajita Kraft	
<b>Francisco Duarte Cué</b> .....	<b>40</b>
Mi tremenda boda	
<b>Juan Antonio Díaz Becerra</b> .....	<b>42</b>
Todavía lo recuerdo, eran frías	
<b>Natalia Vivanco</b> .....	<b>45</b>
La margarita	
<b>Jaime Valdés</b> .....	<b>49</b>
Sigo aquí	
<b>Pita Escalona</b> .....	<b>55</b>
Nada que decir	
<b>Pita Escalona</b> .....	<b>57</b>
Escape	
<b>Nelson Cardoza</b> .....	<b>58</b>
Epitafio	
<b>Francisco Duarte Cue</b> .....	<b>63</b>

# Hablando por escrito

**C**umplimos seis años atrapando lectores para nunca dejarlos ir. Estamos de festejo y son muchas las razones para sentirnos contentos y orgullosos. La primera y la más importante es que seguimos aquí con el mismo entusiasmo e ilusión del primer día a pesar de los vendavales y las tormentas. Es curioso cómo vivimos en una etapa en la que la Humanidad tiene mayores facilidades para leer. En realidad, estamos leyendo todo el tiempo. Estamos rodeados de estímulos lectores: carteles publicitarios, mensajes de texto, rótulos, pantallas, documentos. No obstante, muchos proyectos literarios naufragan en el intento. Quedan borrados, como las huellas que se desdibujan por las olas, pero no hay duda de que existieron. Hemos gozado del privilegio de sobrevivir.

También es verdad que nos toca vivir en un tiempo extraño. En este momento, es fácil leer. Nunca en la historia de la humanidad se ha leído tanto. Es extraordinaria la sencillez con la que podemos acceder a la lectura que antes estaba reservada a unos cuantos privilegiados. No obstante, los profetas del desastre no se cansan de vaticinar la desaparición de revistas y libros, especialmente, los que tienen un formato impreso: mis favoritos. Insensateces. Son puras insensateces de quienes se sumergen en la inmediatez del placer instantáneo y se niegan la posibilidad del privilegio del conocimiento, del contacto con las letras, del juego del escritor. Ni van a desaparecer ni están en peligro, ni lo estarán siempre y cuando existamos personas que amemos la lectura.

Siempre ha habido voces apocalípticas que vaticinan destrucción de los fundamentales, siempre ha habido rebeldes que quieren romper los núcleos. Siempre. Pero, también es verdad que siempre ha habido defensores de valores que nos llevan a imaginar el futuro que queremos y no el que nos imponen.

Por eso, no nos preocupamos. Por eso seguimos

escribiendo. Por eso seguimos editando Pretextos literarios por escrito. Y, aunque las voces que profetizan la destrucción de aquello en lo que creemos puedan dar miedo y se oigan muy cerca, seguimos buscando escritores y atrapando lectores para nunca dejarlos ir.

Leer es el centro de esta propuesta. Que todos lean y comenten sus lecturas. Por eso, seguimos adelante con nuestros conversatorios y cursos. Más que hacer una lista clasificada de menciones de obras y autores, hay que poner a leer a la gente. Más allá de la mejora indolora de ortografía, gramática, sintaxis y redacción, más allá de la mejora casi automática del uso del lenguaje, está la construcción de la competencia de la comunicación. Está el vínculo que queremos forjar entre el lector y el autor.

Los seres humanos necesitamos comunicarnos con eficiencia, urge que aprendamos a ponernos atención, a entendernos y a buscar canales de entendimiento. Están muy rotos, estamos muy separados y necesitamos unirnos. La lectura forja ese vínculo glorioso y en la generosidad de la palabra, además, nos conmovemos, nos divertimos, aprendemos, alargamos la visión, mejoramos.

Buscamos comentar las impresiones, comparar pareceres. Forjar círculos lectores. Nos ilusiona esa tendencia. Desde esta trinchera, promovemos la lectura porque estamos convencidos de sus bondades. Seguimos editando Pretextos literarios por escrito, porque creemos fervientemente que leer libera y te pone en control. Ya son seis años, estamos de fiesta.

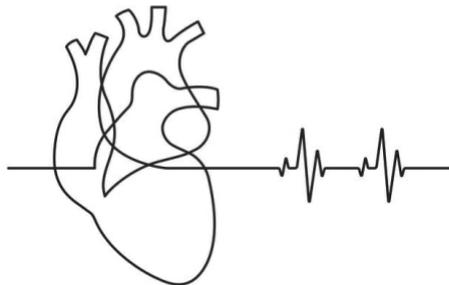


Paúl Núñez

# Sertralina

Martha Patricia Olmos R.

Recorro el tiempo hasta el final de mi niñez, veo cómo se pega la madurez forzada por los aconteceres de la familia rota. Una libreta sostiene parte del dolor, lo puedo transcribir, aunque las lágrimas disuelvan las palabras en un mar azul. Los secretos mejor guardados desequilibraron la presión arterial, desentonaron los latidos del corazón, me llevaron a sustituir mi calma por químicos adormecedores de sentimientos y de emociones; aunque sanaban las crisis por horas, otros órganos iban perdiendo su vitalidad. Aprendí a pedir ayuda, pagué las horas de terapias y yoga, con cheques de lienzos y papel de algodón; imágenes enmarcadas que adornaron paredes de consultorios e iglesias. Una palabra abrió la caja de pandora y alivió el dolor.



Paúl Núñez

# Estás

Fernando Sager

**Jueves, 19 de noviembre**

Estás  
como quien sueña despierto como quien muere despierto

A la mierda el mañana  
porque ha de sobrevivirte / a ti, a tu vida:  
repetitiva película de espantos

A la mierda también el presente, invisible filo que ha de  
matarte que ya lo hace  
que ya lo hizo

No fue un sueño / fue morir despierto

A la mierda el presente que no se va que no se ha ido. No  
puede hacerlo pues jamás ha estado

¿Qué es entonces lo que te detiene?

¿Qué voz le canta canciones de cuna a tu muerte para que  
no se despierte?

¿Qué dique se levanta para que no te vayas  
para que te quedes hasta el final

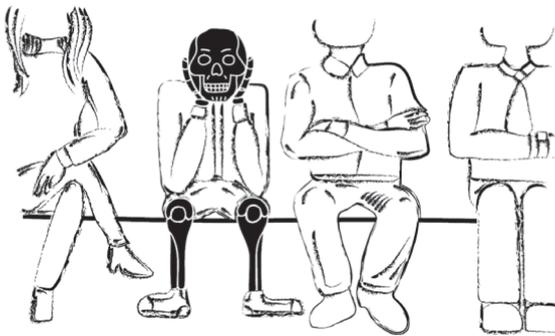
de la repetitiva película que nunca acaba / aunque tú sí lo  
hagas?

¿Cuál es el arrorró que anestesia tu muerte mientras en vida te mueres?

Eres  
un largo arrullo a la vida  
uno sobre monstruos fantasmas y espantos Eres

un crío viviendo en el regazo de su muerte que le canta  
hasta que se duerme hasta que se muere

Eres el absurdo de ser la muerte / y estar esperando a la  
muerte



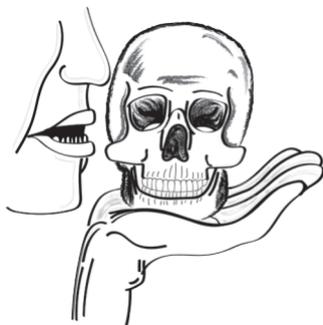
Stephanie Romano Rodríguez

# Yo poseo

Fernando Sager

Lunes, 30 de noviembre

Yo poseo  
un superpoder secreto:  
Cuando hablo solo  
sé comunicarme con los muertos.



Stephanie Romano Rodríguez

# Viernes

Fernando Sager

Viernes, 20 de noviembre

Viernes

Los días continúan  
su incansable embestida

No  
No son los días  
los puños de la muerte  
que a golpes de mar derriban  
las murallas de mi cuerpo

Ay flaca  
¿por qué la violencia?  
Sabes que si me llamas,  
voy Siempre he sido dócil  
y sabes

que si tú llamas  
incluso con miedo  
voy

Pero está bien, sigue golpeando  
con todas tus fuerzas golpea  
Golpéame  
Llámame  
Insúltame / pero no me digas  
que hay que conformarse con la vida



Stephanie Romano Rodríguez

# Crepúsculo de flores

Alejandro Adame Flores

Suspira el espacio y el viento  
se desata, mira  
cómo se rompen, flotan,  
descienden las alas;  
mira cómo se vierten en pétalos,  
cómo vuelan, ahora, inmóviles.

El tallo las eleva a su cuna de aire:  
duermen, inocentes, en su sueño de pájaro,  
se van destejiendo en filamentos  
y el polvo del polen impregna el espacio.

Mira cómo el viento se las lleva,  
cómo los colores  
escriben en la atmósfera;  
mira cómo coquetean  
con el sol moribundo;  
cómo llenan de tinta el horizonte.  
Mira cómo el que observa  
está viendo un crepúsculo de flores.



Paúl Núñez

# Acepto

Dave Brennan

Dijiste que me robarías del mundo  
Viajaríamos sólo tu y yo  
Que yo era la persona que no existía  
Que te hace mejor

Escondidos esos meses  
Congelados esos momentos  
Juramos para siempre  
Y eso nunca pasó

Pero me sigues invitando a tu cama  
Y yo acepto  
Porque en esos instantes  
Eres sólo mío

Ahora dices que yo no era tuyo  
Que no soy tan especial  
Que seguro alguien más llegaría  
Y sólo seré un amigo más

Y lo que creo es que tanto amor  
Te asustó todos los momentos  
Por siempre y para siempre  
Qué fue lo que pasó

Pero me pides que te abrace  
Y yo acepto  
Porque en esos instantes  
Eres sólo mío

Y yo acepto

Porque la alternativa de no verte más  
Me destrozaría  
Y yo acepto  
Porque la alternativa es no verte más

Y no puedo pensar en el siguiente  
Porque encontrar el amor en otro  
Sería darte la satisfacción de la razón

Y ahora yo te pido que me abrases  
Y tú aceptas  
Porque en estos instantes  
Soy sólo tuyo

Te hace falta un lunar  
Se te cayó cuando me mentiste  
La primera vez



Paúl Núñez

# Sí

María Elena Sarmiento

Supongamos que hoy decido ser feliz,  
que con un inmenso esfuerzo consigo dejar de rumiar  
cómo sería mi sutil venganza  
contra quien ha osado lastimarme,

que olvido lo que me duele  
y aparto los miedos nuevos y ancestrales,  
que dejo de preocuparme por otros  
y sólo decido regalarme este rato especial.

En cualquier momento me invade  
la ansiada completud.  
Estoy esperándola, ansiosa.  
Ya viene, no hay nada que se lo impida.

Sólo tengo que decretar  
la manera,  
definir si será una alegría desbordante  
o una suave conformidad  
y dejarme llevar.

Descansar la cabeza en sus alas maravillosas  
y agradecer que estoy viva  
y que al menos esta pequeña experiencia  
la decido yo.



Paúl Núñez

# Síndrome de Estocolmo

María Elena Sarmiento

El concentrador de oxígeno me respira al lado. Adormilada, a veces se me olvida su presencia y el sonido me asusta. ¿Quién está aquí? Luego recuerdo la soledad en la que me ha sumido esta deficiencia en la respiración.

Entre si son peras o manzanas, la Covid asusta a mis seres queridos y los mantiene alejados. Los resultados de los estudios salen negativos uno tras otro, pero todos mis conocidos están seguros de que eso es lo que tengo. ¿Qué otra cosa puede ser?

Estamos solos mi aparato y yo y, de momento, me tiene presa en mi reposit preferido, ahora convertido en una jaula que en otros tiempos me sirvió de silla de oficina, de espacio personal para ver televisión, de trono de un reino que abarcaba el mundo y cuyo límite era mi imaginación. Me enconcho a la izquierda, a la derecha. La máscara se me encaja en la cara y las orillas del potro de torturas, en los huesos. Después de horas, días, semanas, ya no hay acomodo posible, libro que atrape mi interés ni video que me arranque al menos una sonrisa.

Odio a este ser eléctrico que me ayuda a inhalar y me tiene secuestrada de la vida cotidiana y también lo amo. Sería mucho peor ya no poder respirar.



Stephanie Romano Rodríguez

# Embozados

Virginia Meade

Antes de salir de la habitación, una voz amable me advirtió que pasaríamos por un pasillo estrecho con varias rampas y daríamos varias vueltas antes de llegar al quirófano. La estrechez del espacio y los muros pintados de gris me asustaron. Sin embargo, cuando entramos a la sala de operaciones el ambiente era amplio, lleno de luz y moderno. La voz se despidió y me deseó suerte: Gracias, ¿cómo se llama usted?, alcancé a preguntarle: ¿cómo se llama usted? Soy Diego. Hasta luego, Diego.

Se acercaron a mi camilla los doctores y asistentes que me operarían, todos con mascarillas blancas que me impedían ver sus caras. Durante estas semanas los cubrebocas me han impedido ver quiénes son; ese anonimato es un obstáculo para poder identificarme con ellos. Sólo el brillo de sus ojos o sus movimientos corporales dicen quienes son. La falta de contacto asusta. Me hace sentir sola y vulnerable. Además, no les puedo dar la mano, esa conexión entre las personas ha sido inexistente y extraño el consuelo o la empatía con ellos.

Un hombre alto de voz firme me dice que es el anesthesiólogo a cargo. Virginia, soy el doctor Diego Soto. Me da instrucciones para que me apoye en mi costado izquierdo y me ordena que no me mueva. Un asistente se aproxima y me sujeta las piernas con una mano y yo tomo la otra mano, es fuerte y no evita el

contacto. Después de unos momentos me dice que ponga la mano en su hombro ya que debe impedir que me mueva. Le destrozo el músculo.

Por lo menos diez rostros se aproximan y les deseó suerte. Cuando la anestesia hace su efecto cuando ya no se sienten las piernas porque parecen infladas y pesadas, es el único momento en que quiero llorar. Estas personas pueden ser las últimas que vea en mi vida. Me hace pensar por qué estoy aquí.

Pienso en mi hija, en la vida que estaba reconstruyendo y mis proyectos. Me duermo.

Todo empezó con un dolor en el costado derecho; ese fue el único aviso que recibí de que un tumor cancerígeno se había instalado en mi cuerpo. Es lo que hoy los embozados sacarán de mi cuerpo.

Cuando desperté el ambiente del quirófano era tranquilo, la voz del cirujano me decía: Virginia, ya todo pasó. Logramos extirpar el tumor por completo, mide 30 centímetros.

Mi corazón brincó y abracé al doctor. Debo decir que abracé a todos y cada uno de los que ahí estaban.



Paúl Núñez

# Don de gentes

Andrea Fischer

## *1.- Quemado*

Estoy parada en la azotea del Museo del Estanquillo. A mi derecha hay un edificio blanco, coronado por un reloj viejísimo. Se me antoja que sea de comienzos del siglo pasado. A mi derecha, en la esquina, está la Pinacoteca: un templo barroco del siglo XVII que viste más por antiguo que por bien conservado. Sobre el cuello siento el peso de la correa de mi cámara. Ella observa.

Veo los ríos y ríos de gente que pasan sobre la calle. Me parece que es Madero. Sólo se detienen abruptamente cuando el semáforo cambia, porque Isabel la Católica no es peatonal. Todavía no la cierran con esos fines. A algunos no les importa, y se cruzan la calle de todas formas. Los coches también, cuando les toca alto. Me aturde verles. Pierdo el piso. Me enoja.

Empieza a chispear. Aunque apenas son las tres de la tarde, todo se torna de un azul pesado. Algunos se detienen al pie de los edificios para no mojarse. Otros se meten a la iglesia. La mayoría simplemente sigue su camino. Aprietan el paso. La lluvia arrecia. Me enfurece que no se detengan.

El pelo me huele a quemado.

## 2.- Categoría 6

Yo sé que mi papá no quiso darme su apellido. Alguna vez me lo dijo estando borracho, pero no se lo tomé a mal. Al contrario. Traté de entenderlo. Se había peleado otra vez con mi mamá por cualquier cosa y, aunque no lo expresara abiertamente, sabía que le afectaba mucho. Ella puede ser muy fría a veces.

Pienso en ellos y en ese día mientras un policía me obliga a salir del museo. Completamente empapada, me dice que ya no puedo quedarme ahí, porque con la lluvia se cierra la terraza. Son disposiciones oficiales, repite, a manera de excusa. No opongo resistencia. Solamente bajo las escaleras lento, muy lento, para que el señor también se enfurezca conmigo. No muestra mucha paciencia, y eso me gusta.

Al llegar al piso de abajo, sólo lo miro y espero que me diga algo. Por alguna razón, en su mirada se asoma una sombra tenue de miedo. Espero unos segundos su respuesta. Nada. En ese momento, recuerdo que por ahí cerca hay una tienda de antigüedades en donde a veces compro rollos para mi cámara, una Canon AE-1 que compré meses atrás en la Lagunilla. Creo que es buen momento para comprar más película en blanco y negro.

A veces quiero ser un huracán de categoría 6.

## 3.- *¿Ya no sirve?*

Descubrí que me gusta tomar fotos por accidente. Una vez, estando en casa de mi abuela, encontré una

Polaroid viejita sobre la cómoda de su cuarto. Le pregunté que de quién era, y me miró con extrañeza:

—Era de tu abuelo —me dijo, entrecerrando los ojos—. Pero la tiró a la basura hace años, cuando tu madre la tiró sin querer. Se rompió y ya no la quiso.

En ese momento, detrás de ella vi a un hombre alto con un bigote blanco tupido. No me sonrió. Sólo asentía lentamente con la cabeza, mirando la cámara vieja con una tristeza profunda. Debí de clavar la mirada sobre su hombro, porque mi abuela se volvió detrás de sí. No vio al hombre.

Le pregunté:

—¿Ya no sirve?

En ese momento, miré a través del visor y le tomé una foto a ambos, como de ésas antiguas en las que figuran matrimonios de ancianos. De la boca de la cámara salió una película en blanco. Ella la tomó y la guardó debajo de su axila:

—Espérate a que se revele.

Unos minutos más tarde me la dio: era una foto en tonos morados, en la que salía mi abuela con cara de angustia y una sombra detrás de ella. No se distinguía el bigote, pero si un trazo pálido que parecía una sonrisa cansada. Después de ver la imagen, la mujer se santiguó. A partir de ese día dejó de hablarme tan seguido, pero yo seguí yendo a su casa. Quería los cartuchos que mi abuelo había dejado vencidos en su cuarto.

Pocos días más tarde me di cuenta de que ya no veía tan bien como antes: una bruma pesada se me pegó a los ojos, como película vencida. Mi madre

me llevó al médico y me recetaron lentes especiales. Aunque los uso todos los días, ese vaho no se me quita de encima. A veces más, a veces menos.

#### *4.- Don de gentes*

Mi madre me dijo alguna vez que nací con don de gentes. Eso explica por qué generalmente nadie me habla, y cuando se dirigen a mí, tienen una expresión extraña en los ojos. Un día decidí consultar este asunto con los profesionales, y me fui al centro de Coyoacán a hablar con una bruja. Me dijo que me vería en la iglesia de San Juan Bautista, en el mero zócalo. No especificó una fecha, así que cuando supe cómo llegar, visité el templo durante varias semanas todos los días, a la misma hora.

Finalmente se apareció ahí un miércoles. Venía cubierta con un velo oscuro, que le cubría el pelo y parte del rostro. Tenía las manos perfectamente manicuradas, los ojos delineados y una uniceja discreta. Su falda estaba sucia, como con rastros de cera seca. Se veía nerviosa.

Después de platicarle mis cosas, me pidió que buscara protección. En especial por eso del mal de ojo. A partir de entonces empecé a leer sobre astrología y fuerzas más grandes que yo. Santos, vírgenes, ángeles: todos se veían tristes, pero por alguna razón no me tenían miedo. Supongo que el don de gentes no aplica con todos ellos, que están en otro espacio, que han visto otras cosas.

A veces me encuentro a la bruja en los reflejos de los vidrios. No me sonrío: sólo me ve pasar y

desaparece. Hoy también la vi, al entrar a la tienda de antigüedades del centro histórico. Justo antes de que la mujer dijera algo, el vidrio del escaparate se rompió. Me espanté. Decidí tomar el metro a mi casa. Justo antes de subir al vagón, un viento fuerte me empujó por atrás y me aventó al piso. Mi cámara quedó destrozada.

### 5.- *Tanque vacío*

Llegué a mi casa después de llorar mucho. Incontrolablemente. No sabía qué hacer. La neblina sobre mis ojos se hizo todavía más pesada ese día. Cuando llegué al departamento, estaba seca. Completamente vacía de lágrimas, con el tanque vacío. Mi madre se acercó a saludarme y soltó un grito: no me había dado cuenta de que tenía las manos llenas de sangre. Hasta ese momento no había sentido nada: me espantó más ver que mi gabardina se había salpicado, y que había rastros rojos sobre mi blusa de tirantes.

Ella es médico. Después de limpiarme con mertiolate, determinó que no era necesario una intervención mayor. Me miró con preocupación, pero no me dijo nada más que:

—Ya duérmete. Es tarde.

—Sí.

Pero no dormí nada. Toda la noche se apareció una silueta de una mujer en llamas sobre las grietas del techo, bailando, mirando al cielo. Parecía estar a punto de decir una oración. A la mañana siguiente,

antes de tomar el camión a la escuela, vi de nuevo a la bruja sobre el retrovisor del coche de mi padre: *Busca protección*, me dijo. En ese momento se me ocurrió tatuarme, y no tomé el transporte escolar. Sobre de mí, apareció el mismo olor a quemado que percibí en el Museo del Estanquillo.

Nunca más la volví a ver.



Paúl Núñez

# Pista de baile

Cecilia Durán Mena

Siempre me gustó la forma en la que decía “pista de baile”, como si al pronunciar esas palabras, se convirtieran burbujas de jabón que flotaran rumbo al cielo. Arrastraba las vocales y aspiraba las consonantes. Además, le fascinaba bailar. No le importaba ser como un barco dando tumbos en medio de la tormenta. Y, es que había algo en él que a mí me hacía sentir como un velero en medio de una tranquila marea tropical. Aunque los demás nos vieran como un rompehielos embistiendo obstáculos, yo sentía que así, abrazados, nuestros pasos eran un vaivén armónico. Era feliz a su lado. Esa torpeza y falta de ritmo yo ni las notaba. No me daba cuenta de nada. No quería darme cuenta de nada. Tal vez, no podía. Seguro era que no quería.

Daba la impresión de ser un viejo marinero, un hombre hecho de agua de mar, aunque jamás haya estado cerca de las costas. Ese cuerpo no conocía de líneas rectas, todo él era un plano inclinado: el hombro izquierdo más alto que el derecho, una pierna más larga que la otra, un brazo ligeramente más corto que el otro. Musculoso, eso sí. La Fuerte, eso también. La piel tostada y oscura. Era como si cada palmo de la piel rasposa contribuyera a construir su deformidad. Me gustaba su fealdad, esos poros nasales que me recordaban los portones de la iglesia del pueblo, esos ojos tan rasgados como un par de ojales y las pestañas tan ralas y cortas eran como los pespuntos mal hilvanados que rodeaban los huecos por los que me hundía cada vez que me miraba. Hablaba poco. Las palabras se le escurrían entre los dientes, se le torcía la lengua y se le humedecían las comisuras de los labios. Claro está, nadie en casa sabía

que yo me escapaba los domingos a bailar al quiosco del pueblo. En la perfección de la pista de baile, cabía el vértigo de la travesura y la emoción de la melodía.

La pista de baile era tan preciosa, tal vez porque era sencilla, tal vez porque así la recuerdo. El piso era de adoquín de basalto labrado en forma de rectángulos de no más de veinte centímetros, daban la medida justa para dibujar uno o dos cuadrados seguidos con los pies, para hacer: columpio, lateral y cuadro al ritmo de los timbales, las flautas, las percusiones y los violines. La orquesta se situaba en el quiosco y la gente se amontonaba alrededor de los arbustos de gardenias que delimitaban el espacio. Las plantas de hojas siempre verdes, brillantes y opuestas se me figuraban corazones de los cuales brotaban flores de tonos que iban del marfil al blanco intenso, todas con aromas perfumados que en los veranos extendían sus olores a lo largo y ancho de la plaza central. Así, al ritmo de *Mocambo* o de *Amor del alma*, todo daba inicio.

Se necesitaba entender el protocolo: el propósito era moverse para dibujar un cuadro, pero no en cualquier orden. Primero, un paso adelante con el pie izquierdo; con el segundo paso, el pie izquierdo se alarga despacio y se desliza hacia adelante, como si se estuviera barriendo con la suela del zapato; enseguida, otro paso rápido y corto, para dejar ambos pies en paralelo; hay que terminar un movimiento para atrás, suave, como si se estuviera cepillando el piso. La cadencia de los danzantes y el repertorio de las melodías me llegaron a las entrañas y ahí se quedaron para siempre.

Si me preguntarás cuándo empezó mi afición dominguera, no sabría qué decirte. Mentiría, al contarte cualquier cuento. Pero con honestidad, me lo imagino. No quiero decir que fuera su culpa, pero Dulia, la muchacha que trabajaba en casa me llevó. Bueno, ni siquiera me invitó,

fue una especie de imposición gradual, una exigencia mía, desde luego. La seguí hasta el punto en el que se reunía con sus amigas, los domingos por las tardes. Las espíe. Ahí estaban todas tan arregladitas, peinadas, con zapatos rojos de tacón y usando faldas ajustadísimas a las curvas de las caderas que les permitían lucir sus redondeces. Olían a agua de colonia, de la que venden en las farmacias por medidas. Sonreían y hasta temblaban mientras cuchicheaban.

El ritual era curioso. Las mujeres se paraban de un lado del quiosco y los hombres del otro. Y, como si fueran a jugar “amoató, matarilerileró”, se ponían en fila unos frente a otros y se miraban. Se valoraban. Tan pronto empezaba la música, se emparejaban para bailar toda la tarde. Si la compañía no les gustaba, terminaban la pieza y se ponían en fila una vez más. Así, una y otra vez hasta que la tarde se vencía. Las despedidas empezaban al oscurecer. Los de la orquesta guardaban sus instrumentos y la plaza se quedaba sin un alma. Sin un alma, más que la mía que me quedaba hasta el final viendo como todos se iban contentos de ahí y luego me regresaba a la casa, feliz de haber participado a la distancia. Si sólo hubiera sido eso, pero uno siempre quiere más.

Yo quería hacer lo mismo de Dulia. Quería vestirme como ella, pintarme los ojos igual que ella y perfumarme con la misma fragancia. Pero, lo que más quería era bailar. Me sorprendió lo fácil que fue hacerme de mi propio ajuar. En el mercado encontré la ropa, en la zapatería de doña Tencha había los zapatos rojos de mi número, en la farmacia pagué por mi medida de agua de colonia y en el tianguis compré mis cosméticos. Me alcanzó y me sobró con lo que ahorré de los domingos que me daba mi abuela. Ensayé el peinado todas las noches cuando en la casa todos ya estaban dormidos, hasta que me quedó igualito. La maquillada fue el reto más difícil de vencer, pero lo logré. Lo que no conseguí

fue disimular que mi cuerpo seguía plano.

Pasaron varios domingos para que me atreviera a formarme en la línea. El día que lo hice, las muchachas me vieron y se murieron de risa. Se burlaban de mi maquillaje y de la forma en la que me arreglé el pelo. Parece enana, decían. Puede ser que se me haya pasado la mano con el rubor, con el color de los labios y con los polvos de arroz. Puede ser. Más risa les dio cuando me sacaron a bailar. La carcajada era general, hasta yo me reía, pero lo mío era por las cosquillas que sentía en las axilas al sentir las manos en la cintura, al girar y girar por la pista de baile y al apretarme contra ese cuerpo contrahecho húmedo y pegajoso. Si los demás dibujaban cuadros, nosotros cepillábamos círculos.

Aquellas horas de la tarde dominical me parecieron minutos, pasaron tan rápido. Cuando los músicos dejaron de tocar, me tomó de la mano, me llevó debajo del limonero y nos despedimos como todas las otras parejas que no se quieren dejar de abrazar. Dulia me fue a buscar y me jaló del brazo.

—Mírate nada más, niña. Andas con toda la cara chorreada y los labios corridos.

Yo la escuchaba a lo lejos, como si su voz viniera de otro lado y no podía dejar de sonreír. No quería.

—No le vayas a decir a tu abuela, porque nos mata.

—¿A quiénes va a matar mi abuela? —le pregunté por decir algo para que me dejara en paz con mis sensaciones.

—A ti, a mí, pero primero que a todos, al loco ese.

—Yo ni digo nada de nada, pero tú tampoco. Las dos guardamos el secreto— dije y simulé que me sellaba los labios con un candadito.

Claro que me calle, ¿tú qué crees? No quería que mataran a nadie ni que mi abuela cargara con un asesinato. Lo que menos quería era que ningún obstáculo me impidiera

volver al siguiente domingo y al siguiente y al siguiente. Cada día me despertaba con la ilusión de que llegara el fin de semana para ir al quiosco. Una vez, me fui súper temprano, pero no sirvió de nada: la gente llegaba por la tarde. Antes, no tenía caso. Sin músicos no había baile. Sin baile, no había pareja. El hombre hecho de agua de mar llegaba siempre a tiempo, ni antes ni después de que sonaran los primeros acordes.

Nunca lo vi en otro lado que no fuera la pista de baile. Lo busqué por todo el pueblo. Jamás lo encontré. Tal vez no vivía en el pueblo. Tal vez bajaba los domingos desde alguna ranchería o se la pasaba trabajando entre semana. Nunca me dejó esperando. Jamás bailó con nadie más, sólo conmigo. Tampoco te puedo decir cuánto tiempo duró, nada más te digo que me habría gustado tanto que siguiera por siempre, que me hubiera alcanzado para más domingos el gusto.

Todos a risa y risa. Yo por las cosquillas y los demás a nuestra cuenta. Ya la pagarán, no hay deuda que no se cobre. Por supuesto, tuve que saldar las mías. Si te digo que no tengo idea cuándo empezó, tampoco sé cómo terminó. De buenas a primeras, en vez de algarabía, ese domingo estaba todo quieto y en silencio Bueno, ellos se fueron y yo me quedé. A Dulia la corrieron de la casa y el hombre hecho de agua de mar desapareció. Mi abuela se encargó de que la música en el quiosco no se volviera a tocar. El limonero creció aún más, le brotaron azahares muchas veces, le salieron frutas ombligonas con las que se hizo vino amargo. Perdí infancia y ese sentimiento inocente. No sé qué pasó con mi ajuar ni con mis zapatos rojos ni con mi maquillaje, pero me imagino. No volví a tener noticia de los bailarines con los que compartí la pista de baile. No obstante, jamás se borró ese recuerdo agrío y salado de aquellos bailes

dominicales, de los acordes de la orquesta, del olor a las gardenias, de esa pista de baile, como él le decía.

Dicen que Dios escuchó las plegarias de mi abuela, que mi madre bajó del cielo para salvarme de las garras del malvado, que justo se le puso fin a todo, antes de que yo adquiriera malos hábitos y peor reputación. Eso dicen. Todo eso dicen. Se alegran de que mi padre no se haya enterado y de que mis hermanos se hicieran cargo de todo. A veces, miro el cielo tan ancho y me imagino si allá arriba se encontrará algún bailarín esperando en la fila para entrar a la pista de baile.



Paúl Núñez

# El vestido de los domingos

Ghada Martínez

*Por sus frutos los conoceréis.*

MATEO 7:20

A Lea ya no le queda el vestido de los domingos, pero su madre insiste. Se mira en el espejo de cuerpo completo que está colgado en la pared y se siente ridícula. La rigidez de la tela le produce picazón, las costuras le aprietan los hombros y el celeste desteñido ya no se amolda a su cuerpo. Se recoge el cabello castaño en una trenza. Observa con atención cómo las partículas de polvo flotan en los rayos de luz que se filtran a través de los cristales. ¿Ya estás lista? Su madre lleva puesto un vestido beige y su perfume invade toda la recámara. Ella la mira y asiente.

¿Ves? Te dije que todavía te quedaba, te ves muy bonita. Lea observa la sonrisa blanquísima de su madre y la sigue escaleras abajo, donde el padre las espera mientras juguetea con las llaves del auto. Camino a la iglesia su padre sintoniza la radio y baja el volumen hasta que solo se escucha un murmullo, que es mejor que el silencio que los envuelve la mayor parte del tiempo. Lea mira por la ventana y pestañea con tedio.

Sus padres discuten. No tardan mucho en llegar a la iglesia evangélica a la que asisten desde hace trece años. La fachada es color crema y por las puertas café oscuro entran los feligreses para recibir la palabra de Señor. Buenos días, hermano, buenos días, hermana, saludan los encargados de repartir los boletines con el programa del servicio dominical. Sus padres escogen tres asientos en una de las filas de en medio, más o menos cerca del púlpito para escuchar al pastor, pero lo suficientemente lejos para que no

se oigan sus discusiones incesantes.

Lea sostiene el boletín entre las manos y recorre las letras intentando disimular un bostezo. La estancia se llena de hermanos y Lea pasea la mirada por el templo que la vio crecer, por la multitud entre la que se moverá el espíritu de Dios.

Las paredes lisas y claras la exasperan. Al menos las iglesias católicas tienen imágenes qué observar. Lo único que contrasta con la blancura de los muros es la madera de las bancas y las columnas, y una sencilla cruz de caoba en una de ellas. Al frente se encuentra el púlpito y, a unos cuantos pasos —a nivel del suelo—, el altar, al cual se llega por un pasillo que hay entre las bancas. El resto del salón está lleno. La gente se re-vuelve en sus asientos, expectante. La clase bíblica de la mañana transcurre como siempre. La mayoría de los chicos con los que Lea ha hablado y que también asisten a su iglesia creen que la hora y media que dedican a interpretar la Escrituras es lo más aburrido del mundo. A ella no le parece tan mal. Desde la banca de atrás le llega el ronquido de un señor con bigote que duerme con la cabeza recargada sobre su vientre. Intenta poner atención, aunque se distrae con facilidad. Se pregunta por qué nunca predica una mujer, no entiende por qué Raquel siempre fue la preferida ni por qué Eva tuvo toda la culpa. Sus padres cuchichean y de vez en cuando se dan codazos. Su madre sigue molesta por los restos de maquillaje que encontró en la camisa de su padre, aunque él sostiene que son manchas de comida. Lea entorna los ojos e intenta concentrarse de nuevo.

Siguen las oraciones que le suenan a plástico. Frases y palabras que se sabe al derecho y al revés como un manual. Luego la hora de cantar. A ella le gusta un poco, pero le resulta extraño, vergonzoso. Se pone de pie al mismo tiempo que todos y alcanza a darse cuenta de cómo un muchacho de

camisa verde, dos filas adelante, le pellizca una nalga a la chica que tiene al lado. También se oye el llanto de un bebé.

Comienza la música y la gente a su alrededor entra casi de inmediato en un estado de devoción, como si las melodías fueran hipnóticas. Las letras de las canciones que ha escuchado toda su vida resuenan en su cabeza e intenta abrir la boca para cantar, pero no sale nada más que el aire que resopla antes de resignarse a apretar los labios. Quiere aplaudir como los demás, pero sus manos parecen pegadas a sus costados; quiere cerrar los ojos, pero no puede dejar de mirar las varices de la mujer frente a ella. No entiende cómo la gente logra concentrarse tanto, cómo a las ancianas no les da vergüenza cantar con sus voces quebradizas o levantar las manos.

La predicación trata sobre encontrar y seguir el propósito que tiene Dios para la vida de cada uno. Lea se muere de calor y apenas aguanta el vestido cuyas costuras siente que va a reventar en cualquier momento. El pastor dice algo acerca de la obediencia a Dios y de cómo hay que someterse a su voluntad. ¿Ves?, le dice su madre dándole un codazo. Luego se habla del Pecado, el tema principal. La mente de Lea viaja lejos de ahí, de las bancas viejas y de los susurros indiscretos de sus padres.

Termina el sermón y una mujer y su hijo en silla de ruedas pasan al frente y piden que se ore por ellos, por la salud del muchacho, parálítico desde los siete años. El pastor y un grupo de ministros se acercan y lo que comienza como una sencilla oración, termina en una masa sofocante de personas poniendo sus manos sobre el joven que mantiene los ojos cerrados con fuerza y espera poder levantarse de la silla en cualquier momento.

A Lea nunca deja de impresionarle la disposición con la

que las personas caen en trance. La congregación grita, llora y canta ante el Espíritu manifiesto. De repente su madre la toma de la mano y sale de su lugar para dirigirse al altar, donde todos oran por todos: por salud, para que algún espíritu maligno deje de atormentar, para que prosperen las finanzas o se vayan las dolencias, para que haya más fe. El pastor camina de un lado a otro bendiciendo y profetizando sanidad, milagros; describiendo los planes grandiosos de Dios para todos. La madre le pide a su esposo que las acompañe, pero él se niega a moverse de su lugar. Lea intenta zafarse de su madre, pero al final la acompaña, avergonzada y sin saber hacia dónde mirar en medio del mar de cánticos, alaridos y plegarias.

Su madre le pide al pastor que ore por ella, para que recobre la fe y regrese al buen camino. El pastor pone sus manos sudorosas sobre la frente de Lea y esta siente una punzada de culpa al recordar que se ha burlado varias veces de la nariz demasiado larga del pastor. Murmura una disculpa en voz baja y cierra los ojos para concentrarse mejor. Quizá logre entrar en comunión con Él o verlo o por fin sentir algo.

Pasan varios minutos y Lea solo siente el entumecimiento de la pierna derecha sobre la que recarga todo su peso. Escucha el rumor de la congregación y las palabras del pastor y su madre. Piden a Jesucristo que interceda por Lea, que perdone su pecado, que le permita volverse una vasija para ser llenada por la divinidad. Lea pide perdón otra vez, por si acaso.

¡Lléнала, Espíritu de Dios!, escucha gritar al pastor cerca de su oído y se estremece. En ese momento, ella espera ser llenada por algo. No solo lo espera, quiere que así sea; quiere escuchar lo que todos parecen escuchar, sentir ese amor inmenso que los inunda a todos y que la zarza ardiente le hable también.

Le entran unas ganas tremendas de llorar. ¿Será Él? Su corazón martillea, Lea suplica en voz baja. Entonces el pastor vuelve a

gritar, esta vez cerca de su rostro, y ella retrocede al oler su aliento agrio y al sentir que las manos sobre su frente la empujan violentamente hacia atrás. Sus latidos se tranquilizan y abre los ojos. ¡Recibe!, grita el pastor, y Lea voltea el rostro para no recibir de nuevo su aliento en la cara, pero pone fuerza en las piernas para no moverse aunque él empuja cada vez más. A su alrededor la gente cae y se desmaya extasiada, tocados por una mano invisible. Lea se asfixia, lo único que quiere es salir de la multitud frenética que espera que caiga de rodillas. El pastor pone más fuerza en sus manos y no deja de vociferar frente a ella, que resiste hasta que la tensión es insoportable.

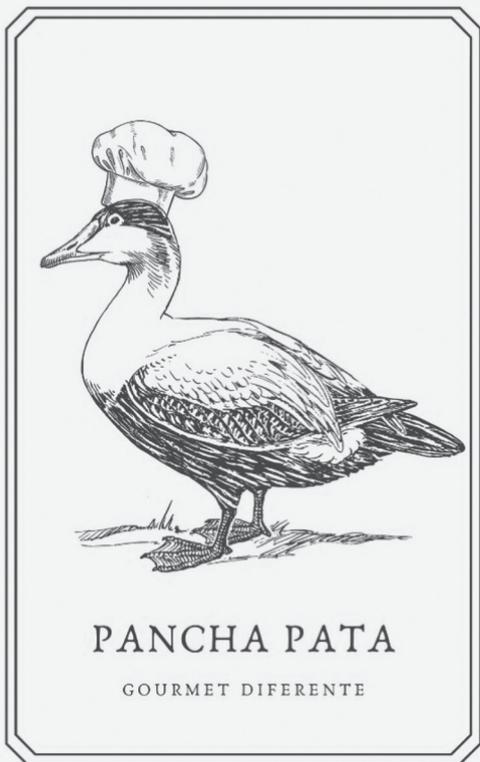
El pastor insiste y, esta vez, Lea se deja empujar y cae hacia atrás con el sonido de una de las mangas de su vestido al rasgarse. Un montón de manos tibias la sostienen mientras escucha gritos de júbilo y exclamaciones de triunfo. La mano poderosa de Dios al fin la ha tocado.

Se levanta, sacude su vestido y ve que hay lágrimas de alegría en los ojos de su madre. La gente sigue cantando, su padre la observa sin expresión desde su lugar. En unos minutos, los diáconos comenzarán a recoger los diezmos y ofrendas y darán gracias por la gloria derramada sobre ellos.

Lea siente que la cabeza le da vueltas y, cubriéndose con una mano la manga de su vestido roto, va hacia la puerta del templo con la cara roja de vergüenza y la sonrisa burlona del dios clavada en la espalda.



Paúl Núñez

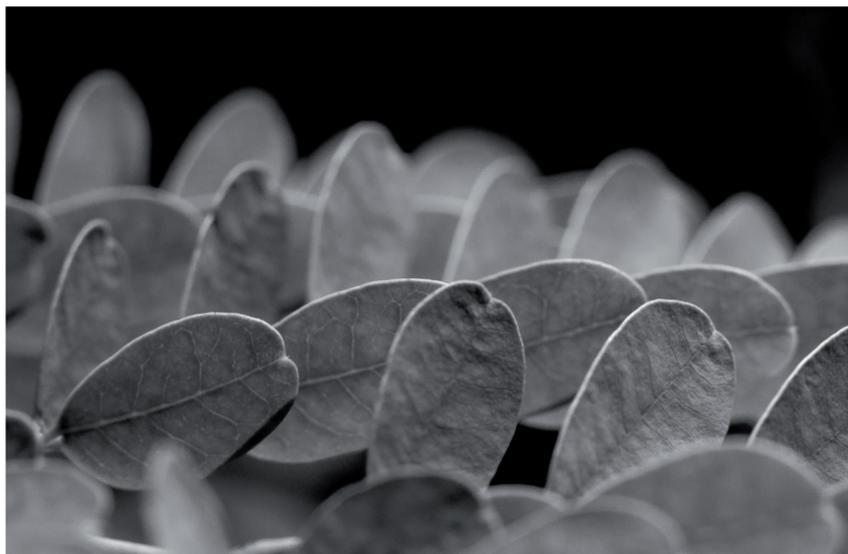


PANCHA PATA

GOURMET DIFERENTE

TE ESPERAMOS MUY PRONTO  
CON SABORES SORPRENDENTES

*Amores 949, col. Del Valle  
Planta baja*



*Abstracciones*  
**Santiago López**



*Bosque I*  
**Santiago López**

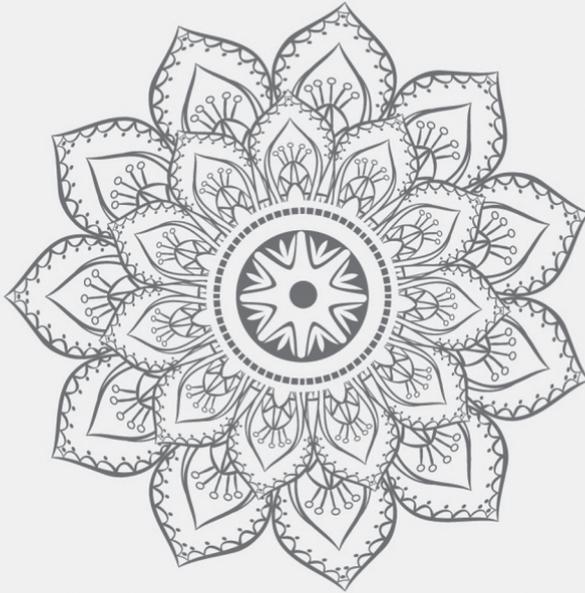


*Perfil*  
**Andrea Fischer**



*Pilares*  
**Andrea Fischer**

BODAI  
YOGA



TE ESPERAMOS EN CLASE

Amores 949, Col. del Valle  
Primer piso

# Cajita Kraft

Francisco Duarte Cué

La verdad es que si consideramos la carga de cariño que ambos portaban para el otro, podemos decir con toda certeza que se veían muy poco. Se juntaban a desayunar, (misma hora y mismo lugar), unas dos o tres veces al año. Se contaban sus más recientes aconteceres y terminaban con sus antigüedades; más o menos siempre lo mismo, aunque con alguna historia nueva para indagar y perseguir, que dejaba abierta la puerta para el desayuno siguiente.

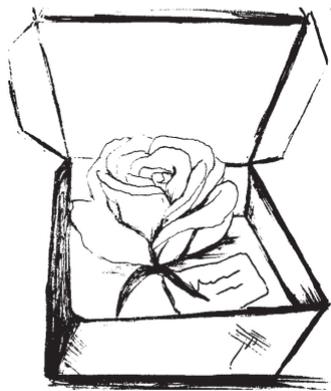
Se llamaron para concertar la cita para el encuentro siguiente y fue ella quien le pidió alargar un poco más la fecha porque no se estaba sintiendo del todo bien de salud, ‘nada grave, al parecer’, le dijo. Acordaron darle quince días más de tiempo y sin pretexto o excusa verse el jueves 28, donde siempre.

Llegó el día y él ya estaba sentado en la mesa acostumbrada dándole los primeros tragos a su café cuando se le acercó el capitán de meseros y le entregó una cajilla rectangular de cartón Kraft diciéndole: ‘dejaron esto para usted’...la abrió de inmediato.

Al interior había una rosa blanca y una tarjeta firmada por las dos hijas de ella, un texto breve: ‘Mamá siempre lo quiso mucho’. Apuró el café y se levantó de la mesa, caminando como pudo llegó hasta su automóvil. Fue hasta que cerró la puerta del coche por dentro que logró dejar de llorar, se sobrepuso al evento y enjugó las lágrimas; manejó de vuelta al

diario ajetreo de sus quehaceres.

Desde entonces no ha regresado a ese restaurante, ni acepta invitaciones a desayunar.



Paúl Núñez

# Mi tremenda boda

Juan Antonio Díaz Becerra

Tuve cinco segundos para huir, para dejar atrás esta farsa, no sé por qué no lo hice. ¿Los demás habrán notado mis dudas? Quizá ni se fijaron pues en las bodas la “reina” es la novia y al pobre novio nadie lo pela. Yo no quería que ocurriera de esta manera, claro que elegí casarme con ella, pero no de esta forma.

El fotógrafo capturaba cada detalle y yo lo maldije mentalmente, pues con su trabajo va a dejar una huella imborrable de lo que está ocurriendo: ella ufana y yo como perrito faldero y mi cara... ¿Cómo saldré en sus fotos? ¿Tendré un gesto compungido, desesperado, triste o de arrepentimiento?

En esos momentos me paralicé, las piernas no me respondían. Incluso la que sería mi mujer se adelantó unos pasos, entró primero a donde se iba a llevar a cabo la ceremonia, sonriente, llena de alegría y, ¿y yo?

No hubo poder que impidiera que el rito empezara. Traté de prestar la mayor atención que mis cavilaciones me permitieron, aunque las palabras del gurú contratado no facilitaron el que yo estuviera al cien por ciento presente. Creo que capté que iba a haber tres partes. En la primera, aparecieron los aspectos divinos. ¿En que zona de mi cerebro podía colocar las evocaciones que se hicieron a los cuatro puntos cardinales, solicitando la ayuda de dioses de quienes niego su existencia?

He de aclarar que me había considerado un ser racional. He sido partidario de la molécula de Dios, no como parte de un plan divino sino para encontrar una explicación coherente del inicio del universo. ¿Dónde quedó mi doctorado en física molecular cuando estoy aceptando que me mojen con agua que no necesita ser bendecida pues por sí misma ya es santa y por lo tanto me va a limpiar de todo mal?

¿Cómo emocionarme hasta el punto de las lágrimas cuando me dicen que debo saltar una cuerda y con ello dejar atrás las dificultades de mi vida pasada? ¿Cómo aceptar lo que estoy escuchando? No la puedo llamar mi esposa pues no le estoy poniendo esos aros que la policía emplea para inutilizar a los delincuentes. Es más, ni siquiera puedo referirme a ella como mi cónyuge porque eso implica que estaría bajo mi yugo. Según ese ministro o como le quieran llamar, mi única posibilidad es decirle por su nombre o presentarla como mi amante. ¿En el mundo real no es más vergonzoso utilizar ese membrete? Ya me imagino presentándola como mi amante... No, no puedo utilizar la palabra “mi” pues implicaría posesión. ¿Seré capaz de decir: hola, ella es la amante con la que me uní para siempre? Este tipo no está pensando en su reputación.

Debo de reconocer que estoy muy confundido. Sé que la quiero, que no es la persona perfecta, que tiene algunos defectos, es algo superficial, le importan las marcas y lo que los demás piensen de ella, es insegura. En contraposición, es alegre, sociable, accedió a no casarse por la Iglesia, pero a cambio me pidió esta ceremonia que llamó espiritual.

¿Valió la pena el trueque?

Por unos instantes recupero la conciencia de lo que ocurre a mi alrededor, me doy cuenta que ella y la mayoría de los invitados están llorando como Magdalenas, no con lágrimas de sal, sino conmovidos hasta el tuétano por las palabras sabias del gurú. Esto me hunde en un torbellino que quiere tragarme, quizá sea lo mejor, desaparecer de este tiempo y espacio, verme libre y poder casarme como yo quiero. A lo lejos una voz se va a haciendo más potente. Oigo que me dice: levántate, ya es hora de que te vayas preparando, hoy es el día de tu boda. Feliz como nunca me incorporo, llega el momento de casarme como dictan los cánones.



Stephanie Romano Rodríguez

# Todavía lo recuerdo, eran frías

Natalia Vivanco

Cada vez que paso por esa calle las mismas imágenes vienen a mi mente, justo en medio de las líneas amarillas y retorcidas, ahí estaba. Hacía frío esa mañana, la neblina atravesaba la piel, era pesada, no me dejaba pensar. Había algo escalofriante en la luz del alba.

Siempre sigo adelante, tratando de no voltear al sitio donde sucedió. Nunca he vuelto a ser la de antes, todos mis compañeros de trabajo lo saben, yo lo sé, pero por alguna razón nadie ni nada hace algo para remediarlo. Siento que la muerte me persigue, o más bien que cargo yo con la muerte. Froto las manos para calentarlas, pero lo recuerdo y las alejo, eran frías.

Caigo en el colchón, quiero aprovecharlo, pero no puedo. Sé lo que se avecina, las pesadillas, el sudor, los gritos, prefiero dormir lo menos posible. Camino por un vaso de agua a la cocina, levanto la mirada, veo mi reflejo, y ahí está, veo a ese hombre de nuevo. La cara de color morado, la boca abierta minúsculamente, gotas de sangre seca lo recorren por toda la cabeza. Los ojos abiertos sin vida que miran desesperados se fijan en los míos hasta atravesar las entrañas. Sus labios partidos tratan de abrirse para decirme algo, me acerco para escucharlo, brinco asustada por sus gritos desesperados: —Mátame por favor—. En medio de sus gritos, se rompe la ventana. El piso repleto de vidrios, mis manos llenas de sangre, rompí el vaso. Él ya no está, la ventana está en perfectas condiciones, vacía, sólo soy yo.

Dejo la sangre correr, sirvo una copa de vino tinto para calmar los nervios. Estoy abrazada de soledad, sólo tengo recuerdos que prostituyen, de los que no dejan avanzar ni seguir adelante. Bebo vino con tanta sed que las gotas caen sobre mi camisa blanca.

Todavía no había tanta luz como para ver lo que me esperaba al acercarme. El pavimento comenzaba a tornarse rojo sangre al igual que su camisa, como la mía en este momento, con hilos de vino tinto. Era muy joven, casi igual que yo, tal vez si estuviera aquí podríamos haber sido amigos, o hasta algo más. Si tan sólo hubiera llegado un poco antes para salvarlo o un poco después para no verlo, no tendría que estar así, invadida de tristeza y soledad.

No tardó en fugarse, en convertirse en un cadáver hueco, vacío. Nunca había tenido tanto miedo, tanta admiración por aquel sentimiento arrebatador de vidas. Conviví con la muerte, sentí cómo le arrebataba el alma, cómo recorría cada pedazo de su cuerpo hasta convertirlo en polvo, en recuerdo. Sólo notaba las lágrimas cayendo al suelo formando un charco oscuro a su lado, parecido al que estoy formando entre lágrimas y vino.

Despierto unas cuantas horas después por los gritos de mis pesadillas, la sangre de mis manos ya está seca, la botella de vino a un cuarto de vaciarse no se despegó de mí en esas horas de sueño. Todo fue tan rápido que ya no sé lo que fue realidad y lo que fue la imaginación tratando de tragar el trauma.

Sé que mañana pasaré por esa calle, que, al pisar el pavimento, estaré frotando la indiferencia de todas las personas, que días después del accidente, pasaban

por la escena abandonada, sin ningún interés. Llenos de ignorancia, sintiéndose invencibles, pero muy dentro yo sé que ellos al igual que yo cargan con la muerte. Quiero ir, no puedo evitarlo, no lo quiero abandonar, ni olvidar, porque estoy segura que soy la única que mantiene su recuerdo en el mundo de los vivos.

Salgo de la casa y me dirijo a la calle Periandro, donde todo sucedió. Todavía es oscuro, algunas luces iluminan el camino, lo que hace que las sombras tomen una forma siniestra a mi alrededor. Llego al sitio, el puente arriba de mi cabeza, las mismas líneas amarillas, las que su cuerpo pesado casi sin vida cubrían.

—Termíname, por favor, me duele —él me decía. Yo sostenía sus manos en las mías, llamando por ayuda, pero ya era muy tarde, su objetivo fue cumplido. La soledad se vio victoriosa, él mismo llamó a la muerte para jamás regresar.

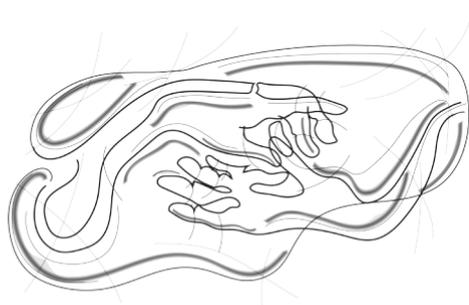
Me acuesto en el pavimento para tratar de sentir su cuerpo, el cuerpo de un extraño que sólo aparece en recuerdos. Miro a mi alrededor tratando de imaginar la escena de nuevo. Rememoro que días después seguía el letrero de precaución amarillo tirado, roto en el suelo, dos conos naranjas aplastados y a nadie le interesaba, todos lo rodeaban, ni siquiera se preguntaban lo que había sucedido en ese lugar. Pero yo sí, yo lo viví en carne propia, sentí la desesperación de aquel hombre que se aventó y que el pavimento no fue suficiente para llevárselo instantáneamente.

Me quedo viendo hacia el cielo, sintiendo cómo el cemento me apuñala la espalda. Ya no tengo ganas de nada, al final sé que en el momento que viene la muerte todo se esfuma, que el dolor es inexistente y

la duda inquietante. Que la reina del inframundo no conoce paredes, que, aunque trates de aventarte de lo más alto del planeta, si ella no quiere no te lleva, que a veces no es justa y que a veces es buena.

Me quedo acostada, contemplando la nada, esperando con las manos entrelazadas.

Todavía lo recuerdo, eran frías.



Stephanie Romano Rodríguez

# La margarita

Jaime Valdés

En tiempos de la secundaria, lo primero que Adriano aprendió de sus compañeras de clase fue a reconocer la flor denominada margarita, para después cortar pétalo por pétalo, y así, con el despojo lento de la belleza de la flor, usarla como oráculo para averiguar si tal chica lo quería o no. “No falla”, le decían, a la vez que se sonreían entre ansiosas y burlonas.

Adriano siguió el consejo y la flor, que ofrendaba su vida, le respondía siempre que sí. De ahí que, con absoluta seguridad y aplomo, cortejara a casi toda la población femenina de la secundaria. Cuando alguna lo rechazaba, Adriano lo interpretaba como que se daba a desear y optaba por darle su tiempo; entre tanto buscaba otra margarita y elegía a otra chica para probar suerte. Lo había mecanizado razonablemente bien; su protocolo era: escoger a la chica con la que quería tentar al destino —unas le atraían, otras no— y acto seguido se iba algún parque o mercado a buscar su víctima real: una margarita. Después, buscaba un sitio apartado y hacía su ritual, concentrándose en la imagen de la chiquilla en turno, visualizándola con su uniforme morado a cuadros, blusa blanca con cuello, tobilleras blancas, zapatos negros. Eran rubias, morenas, tez blanca, pelo chino o lacio, pechos incipientes, tímidas o avezadas, coquetas o serias. No importaba. A veces se excitaba con las imágenes que él mismo generaba y que casi nunca coincidían con la realidad.

Adriano atribuía todo el mérito a la flor sacrificada y no se sabía guapo ni atractivo —que sí lo era—, pero el confiar a ciegas en el oráculo vegetal le otorgaba un aplomo que era lo que cautivaba a las jovencitas, o a casi todas, cuando en realidad, era tímido. Tuvo una novia durante la universidad a la que seleccionó con su infalible método, pero no sabía qué era estar enamorado. A veces tenía buen sexo, otras no; sin embargo, no se cuestionaba. Tampoco se preguntaba si la relación se había extinguido. Su explicación era que, de pronto, quería indagar a otra margarita, o el azar lo ponía frente a un ramo en algún florero de casa, hotel o restaurante, y sobresaltado, miraba a su alrededor para encontrar la mujer que el destino le demandaba probar. Si había varias, escogía; si encontraba una sola, la abordaba sin más. Esa era la señal para terminar la relación en turno.

Cursó estudios de maestría en Estados Unidos y no podía entender cómo las gringas sin más se le lanzaban, sin que él realizara su ritual. Con el tiempo, cedió sin cuestionarse demasiado el porqué. Se enamoró de Leslie Brooks, pero él no lo supo, ya que fue un ejercicio margaritero en su último semestre en Boston. Quería probar si las margaritas le seguían siendo fieles, y cuando vio a Leslie en aquella fiesta de amigos, en la que la etiqueta era disfraz de hippie sesentero, ella portaba una corona de margaritas engarzada en su pelo rubio y que contrastaba con sus agudos ojos azules. Se diría que ese amor fue de flor a primera vista. Estuvo a punto de quedarse en Washington, donde

vivía Leslie, si no hubiera sido porque Brenda, la mejor amiga de Leslie, llegó de visita con un ramo de... margaritas. Adriano reclamó una injusticia de los dioses, ya que se la pasaba de lo mejor con Leslie: la amaba sin saberlo. Hizo a regañadientes el ritual —me quiere/no me quiere—, deseando que por vez primera resultara que Brenda no lo quería. Pero las flores no mienten y se fue tras de Brenda. Cuando quiso regresar con Leslie, fue muy tarde.

Regresó a México, adolorido sin saber por qué. No comprendía el capricho de las flores. Se mantuvo alejado de ellas y de las mujeres, hasta que su mejor amigo le presentó a Margarita, un augurio que Adriano constató con otra flor. Se casó y tuvieron un niño y una niña, a la que bautizó con el mismo nombre de su mamá y Leslie como segundo nombre.

No supo cómo explicar esa elección a su mujer y tampoco él lo tuvo claro. Para entonces, Adriano se había tornado inexpresivo e insensible ante la convicción de que debía obedecer a las flores. Su mujer intuía que él seguía enamorado de otra mujer y empezó a beber. El matrimonio duró poco.

Después del divorcio, Adriano pasó de mujer en mujer con la absoluta convicción de que las flores le enviaban su nueva amante. También tentó al destino haciendo otra pregunta: “¿Me sigue queriendo/no me sigue queriendo?” Eso le dio el pretexto para tener relaciones paralelas y, cuando se sentía sobrecargado, lo solucionaba cortando otra margarita con una tercera o cuarta mujer. Nunca lo atribuyó a su galanura, ni a la fortuna que había

acumulado, ni a que, después de todo, era un hombre cariñoso y ávido de afecto.

Todas las mujeres podían ver eso, con o sin flor de por medio. Adriano llegó a aborrecer todas las flores: pagaron las rosas y las orquídeas la maldición de las margaritas.

Los hijos se casaron y se quedó más sólo que una margarita deshojada. Fue cuando conoció a Betsabé. Bet —que así le gustaba que la llamaran— era arqueóloga y detestaba las flores. Cuando empezaba una nueva excavación, mandaba exterminar todo lo verde en torno a la construcción. Empató con Adriano por su enemistad mutua con el reino vegetal. Bet se relacionaba con Adriano como con sus piedras: en silencio y con reverencia. Él luchaba por quedarse por fin en esa relación que era como un oasis. Al año, Adriano se confesó estar enamorado de Bet; lo sabía por comparación con Leslie: se sentía igual de bien.

Pero (siempre hay un pero), en secreto, Adriano temía el encuentro con la siguiente margarita, lo que daba como un *fait accompli*, y Bet lo presentía, como lo hizo también Margarita, su ex esposa: había otra. Y no, Adriano era feliz con Bet por Bet, no por Leslie; ésta ya no figuraba en su vida. Bet y Adriano todavía no vivían juntos, pero él acariciaba la idea y como pudo tomó valor y le contó a Bet la maldición de la margarita.

Fue un domingo por la noche después de una sesión de sexo gourmet. Bet escuchó con toda seriedad, con la luz apagada y mirando al techo. Cuando Adriano terminó, siguió en silencio. Después

de un rato, encendió la lámpara de la mesa de noche, se incorporó sobre su costado, recargó la cabeza sobre su mano, el codo sobre el colchón, observó a Adriano con la misma intensidad que le otorgaba a una vasija funeraria del Tolteca Preclásico, con sus ojos del color de la máscara de jade de Pakal. Adriano esperaba lo peor. Bet esbozó una sonrisa, como carita sonriente totonaca, que en nada se tornó en carcajadas estridentes. Al principio, él se desconcertó, pero se infectó con su risa y juntos rieron como niños durante la misa de doce, hasta que optaron por ir a la cocina por agua.

“¡Ay, Adriano, mi Adriano, qué ocurrencias tienes! Me recuerdas a los mitos de *La rama dorada* de Fraser. Voy a creer. ¡Te han querido por guapo, caliente y cogelón, mi rey!” Adriano sintió cómo se le quitó un peso de encima. Tomó de las nalgas a Bet, la cargó y la penetró sin más, con un desenfreno y una pasión que le regalaron dos orgasmos más a ella.

Se despidieron enamorados, después de hacer planes para vivir juntos, proyectos, anhelos. Bet le regaló a Adriano su copia de *La rama dorada*. Era una primera edición de pasta dura con hojas amarillentas, que Bet no había vuelto a abrir desde sus años en la universidad. “Me llamas cuando llegues a casa, amor” dijo Bet. Adriano asintió con la cabeza y se despidió mandándole un beso con la mano.

En un semáforo, abrió el libro al azar para hojearlo. Entre las páginas 43 y 44 estaba una margarita compactada y disecada por los años. Le quedaban

sólo dos pétalos. Adriano cerró el libro. El semáforo ya estaba en verde, aceleró y se dirigió a Sullivan, la calle de las putas.



Paúl Núñez

# Sigo aquí

Pita Escalona

Como en el texto de Beckett, *Esperando a Godot*, así me siento. Como esos dos pobres hombres, dudando si era el lugar y la hora correctos. Tal vez me tomo el pelo, tal vez no le caí bien, tal vez me dio el avión. Yo la vi como si fuera una diosa, perfecta. Inteligente, guapa, agradable, de buen carácter. No he dejado de pensar en ella desde que la perdí de vista en el aeropuerto, cuando entró a la sala de abordaje. Mi vuelo era el último del día. La coincidencia de habernos conocido y de haber congeniado en aquel bar me pareció un regalo del Cielo. Parecía que los dos habíamos vivido una desilusión y que en ese momento la vida nos daba otra oportunidad. Hasta hicimos planes, siendo que los dos viajaríamos al mismo lugar y tendríamos todo el tiempo del mundo para pasarla bien. Dijo que le encantaba mi sonrisa, que le gustaba el aroma de mi loción, que le enloquecían los hombres deportistas como yo. No entiendo qué pudo haber pasado. Lo malo fue que no traía teléfono celular y por lo tanto no se me ocurrió pedirle su número ni darle el mío. Ella decidió el sitio de nuestro encuentro. Yo, afirmando su propuesta, con sinceridad le dije: “Estaré en el lugar a la hora indicada”, luego sonrió y cerró los ojos dándome un cariñoso abrazo. La sentí cercana. No puedo hacerme a la idea de que no vendrá. Durante todo el vuelo estuve planeando nuestro reencuentro. Llevo dos tazas de café mirando por la ventana sin parpadear. De pronto

creo distinguirla entrando en la cafetería de la acera de enfrente. ¿Se habrá equivocado? La veo salir con un café en cada mano. Es ella. Me pongo de pie sin dejar de mirarla. Un hombre con una carriola la espera afuera, la abraza y la besa. Ella me mira discretamente. Él toma su café y, entre los dos, empujan la carriola. Vuelvo a mi asiento. Cabizbajo, pido una copa de vino. Una chica en la barra es testigo de la escena. Se acerca y, con su copa en la mano, me dice: “Salud”. La invito a hacerme compañía. Acepta.



Paúl Núñez

# Nada que decir

Pita Escalona

Un cono de luz azul violeta bajaba del cielo. No distinguí en un principio de dónde provenía. La tranquilidad de la noche y su calidez me permitieron caminar hacia él. Me sedujo su color transparente y a la vez vaporoso. Me coloqué justo debajo y miré hacia arriba. Las nubes se apartaron y pude mirar la inmensa nave. Antes de que el miedo se apoderara de mí, fui succionada hasta el interior. Seres no tan extraños me rodearon. Sentí paz. Sus caras me resultaron familiares. Nadie abrió la boca. Los vi alegres. Me abrazaron y me compartieron su felicidad. No recuerdo cómo regresé al jardín. Ni siquiera me había despeinado y mi camisón estaba intacto. Perdí la noción del tiempo. Las enfermeras no tardarían en buscarme para dar aviso de mi desaparición. Corrí a mi habitación, me acosté y apagué la luz antes de dormir. A la mañana siguiente no platiqué lo ocurrido. Nadie comentó nada. Tomé mi medicación habitual y viví el día como cualquier otro. No quise parecer más loca de lo que me habían diagnosticado. Tenía que seguir fingiendo locura temporal hasta mi pronta rehabilitación, luego de haberme sentenciado a vivir aquí por el caso del crimen en el que resulté involucrada.



Paúl Núñez

# Escape

Nelson Cardoza

El niño escapó subiendo a la cima de la colina y tomó asiento sobre una piedra. Desde ahí vio cómo llegó a la explanada que estaba frente a él un enorme y pesado elefante. Caminaba lentamente y llevaba sobre su lomo una especie de olla metálica, igual de inmensa que el animal, llena hasta el tope con un gran montículo de estrellas de diferentes tamaños e intensidades de iluminación.

El animal gigante llegó hasta un mar de estrellas y descargó ruidosamente su equipaje. Sólo dejó las estrellas. La olla siguió adherida a su lomo como si fuera parte de él. Luego, dio media vuelta y se alejó de la explanada por el mismo camino que llegó. Así llegaron, cada cinco minutos, uno tras otro, los elefantes gigantes, con ollas en sus lomos, cubiertas de estrellas. Cada uno dejaba su carga y se iba para traer más.

El niño estaba ensimismado observando aquella impactante escena cuando un rugido lo sobresaltó. Buscó con la mirada el origen del ensordecedor ruido y vio a dos tiranosaurios rexs que también ingresaban a la explanada pero por otro camino. Cada uno de ellos se dirigió al estanque de estrellas y llegaron a él por diferentes lugares. Introdujeron su hocico y llenaron sus fauces con las tintineantes estrellas. Se volvieron a erguir y algunas estrellas cayeron de sus hocicos al suelo. Los animales prehistóricos se alejaron del estanque trotando con gracilidad y firmeza hasta llegar

a una especie de licuadora gigante.

Los dinosaurios subieron en fila por una rampa de arena que estaba junto a la licuadora descomunal. Aquella rampa era más alta que la máquina trituradora. Los animales llegaron al final de la rampa y tiraron su carga a la licuadora inclinándose ligeramente hacia el vacío. La máquina hizo un ruido desagradable mientras destrozada sin piedad las bellas estrellas. Cuando el primer dinosaurio terminó de soltar su carga bajó, dejando libre el lugar para que el segundo tiranosaurio hiciera lo mismo. Al terminar esta tarea, los animales prehistóricos volvían a la laguna de estrellas y recogían más astros para echarlos a la licuadora, una y otra vez.

La máquina trituradora convertía las estrellas en estrellas mucho más pequeñas. Después de hacer eso, sin dejar de moverse, abría su boca, que era de forma cuadrada, y expulsaba las nuevas estrellas pequeñas como si vomitara. El niño se sorprendió de que nadie viniera a limpiarle la boca o el piso que acababa de ensuciar. Pero a los pocos segundos, los mismos dinosaurios se acercaron y recogieron las estrellas recién vomitadas. Lo hicieron sin asco. Sin importarles que lo había vomitado la licuadora gigante.

—Bueno, es que son animales —pensó el niño— a los animales no les da asco hacer cosas así.

Los tiranosaurios, después de recoger las estrellas pequeñas, las llevaban a otros elefantes gigantes que esperaban en fila en otro lado de la explanada. El niño miró admirado como caían

brillantes las pequeñas estrellas en la olla del lomo de los elefantes descomunales. Los dinosaurios iban y venían para recoger las estrellas vomitadas hasta llenar los recipientes metálicos de los paquidermos. Cuando ya se formaba un gran montículo, los elefantes se iban de la explanada. Caminaban lentamente debido al peso. Sus grandes patas chocaban pesadamente sobre la arena levantando polvo a cada paso.

El niño siguió con la mirada en los elefantes hasta que salieron de la explanada. Vio también que llegaban otros elefantes con estrellas grandes. Nuevamente observó todo el proceso de descarga, trituración y recarga. En vista panorámica, era un espectáculo sorprendente.

—Chicho— lo despertó de su ensueño la voz de un hombre.

El señor estaba a unos metros, sentado en el asiento del conductor en un camión, uno muy parecido a los elefantes. El camión estaba repleto de piedra para construcción, piedras que brillaban como estrellas.

—Ya está cargado el camión. ¡Vamos!

El niño volvió a mirar el espectáculo a su alrededor. Esta vez vio algo muy diferente. Con resignación, bajó del pequeño montículo de arena, tomó su palana y corrió para subir al camión de su patrón.

Esperanza Diaz Diaz. Cienfuegos, Cuba. El alba que eterniza la noche más gloriosa. Atado por correas de cuero Va el dulce mortal Y su cuerpo se despedaza Y luego se rehace bajo la gracia de Apolo. (A los que aman la Iliada) Cuando parte, antes de que

el sol alumbre con luz mortecina los destrozados urosdel aciadadlegendaria, lasangrequenohadormidohierveensuc abeza: no ve, no oye, no razona. Solo tiene una obsesión: uncir el caballo, atar el cuerpo al carro y confundirse con la niebla en una carrera a fondo en la que empeña cada músculo de su cuerpo.

Mientras lo arrastra por el polvo siente en su pecho los rebotes de un corazón que golpea tan fuerte como las olas del mar cercano, y la velocidad lo sumerge en un vértigo del que solo vuelve cuando el pobre animal se detiene sin fuerzas ni aliento.

Desciende con lentitud. Desata las finas correas que lo mantienen atado por los tobillos y mira fijamente aquel rostro, tratando de reconstruir el cuerpo que yace informe, despedazado; busca en el cadáver un detalle, un gesto, algo que le recuerde al hombre que con toda la rabia y el furor del combate, clavó sin piedad la lanza en el vientre del amigo más amado, del fiel compañero de sus días y sus noches, y hoy... no encuentra nada.

Por primera vez observa que hay piedras afiladas y pequeñas incrustadas en la carne. Un ojo se mantiene abierto, extraviado en una tristeza que solo es posible en los humanos. Las mejillas tan laceradas no guardan ni el rastro de la última caricia. Por entre los labios asoman hojas, tierra y hasta flores silvestres.

Cae en la cuenta de que lleva doce días haciendo lo mismo. Ni siquiera se enfurece cuando ve que el Dios Apolo cubre el cuerpo con aceites tibios y esencias perfumadas, rehaciéndolo pacientemente pulgada a pulgada. Allí está, sin vida; pero hermoso y fuerte el más valiente de los guerreros troyanos. Con esa imagen detrás de los párpados se retira.

En la noche de ese día, el anciano que sale de su tienda lleva la más grata de todas las noticias: le han devuelto el cadáver del dulce mortal.



Paúl Núñez

# Epitafio

Francisco Duarte Cue

Fue tal su problema para cubrir la factura del hospital, que decidió no volver a enfermarse.



Stephanie Romano Rodríguez

# Consejo Editorial

**Editora General**  
Cecilia Durán Mena  
cecilia@porescrito.org

**Editora Ejecutiva**  
Andrea Fischer

**Mesa de Edición y Arbitraje**  
Cecilia Durán Mena  
María Elena Sarmiento  
Virginia Meade  
Andrea Fischer

**Coordinación de Enlace  
y Relaciones Públicas**  
Andrea Fischer  
Carlos Noé Sánchez Méndez

**Diseño Editorial**  
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

**Foto de portada**  
*Agotas*, de Cecilia Durán Mena

**Radio**  
**Conducción:** Cecilia Durán Mena,  
Juan Carlos Padilla Monroy, Raúl Sanz Suárez  
y Brandon Hurre García

**Producción del Programa de Radio:**  
María Inés Rendón, Productora.  
Eloisa Valeria Martínez Carrillo

**Cuarto de Guerra**  
Becarios de las universidades participantes.

**Digital**  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)  
Ventas y suscripciones  
[ventas@porescrito.org](mailto:ventas@porescrito.org)

**Contacto**  
[contacto@porescrito.org](mailto:contacto@porescrito.org)  
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta y cinco. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.**  
**Circulación Diciembre de 2021-Enero de 2022.**



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito\_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

---

Por Escrito



## Ultimátum

*"Yo recuerdo más lo que he leído que lo que me ha pasado. Pero claro que una de las cosas más importantes que pueden pasarle a un hombre, es haber leído tal o cual página que lo ha conmovido, una experiencia no menos intensa que otras".*

Relatos  
Jorge Luis Borges



[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

Estamos empeñados en atrapar lectores...  
para **NUNCA** dejarlos ir